

## PRIMEROS PREMIOS - I CONCURSO DE REDACCIÓN

### “LETRAS POR LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ENTRE MUJERES Y HOMBRES” DE LA COMUNIDAD DE MADRID

**CURSO: 4ºESO**

**Alumna:** Guadalupe Gonzalo Cordero

**Centro Docente:** C.P. San Viator



Esta versión forma parte de la Biblioteca Virtual de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma.



[www.madrid.org/publicamadrid](http://www.madrid.org/publicamadrid)

## LA AURORA TARDÍA

¡Enciéndeme la luz por favor! Estas cuatro palabras que tantas veces he repetido de niña, me han acompañado a lo largo de mi vida, una vida en la que he tenido la oportunidad de comprobar, que no es la oscuridad de la noche la que me hacía temblar, sino la incertidumbre ciega de no poder ver a través de mis propios ojos. Me llamo Rosa y nací en el año 36, justo cuando comenzó la guerra civil en España. He nacido y vivido toda la vida en un pequeño pueblo de Toledo llamado Mohedas de la Jara, y no he tenido una vida fácil. Como muchas mujeres de mi tiempo, he tenido que someterme a lo largo de mi existencia a una autoridad masculina. Primero a un padre autoritario, déspota con grandes dosis de incultura, pero no le culpo por eso, él no tuvo la oportunidad de estudiar, no se la concedieron y él no me la quiso conceder a mí. Murió cuando yo tenía 12 años, dejando a mi madre la responsabilidad de sacar adelante a tres niños en una de las épocas más difíciles de cuantas se recuerdan. Teníamos colmenas en una finca lindante a Cáceres que daban buena miel, de la denominada “milflores” muy común en aquella zona. Mi hermano Antonio que entonces contaba 16 años, se hizo cargo de ellas, ya llevaba tiempo trabajando con mi padre, por lo que sabía hacer bien el oficio. Recuerdo a mi padre como un hombre autoritario, pero también recuerdo alguna que otra mirada de cariño que me dedicaba furtivamente a escondidas de mi madre. Siempre he querido pensar que la sangre le pesaba, aunque a su pesar le había salido hembra, término con el que se refería a mi hermana y a mí cuando alguien le preguntaba por su prole, no así con mi hermano al que se refería abriendo mucho la boca de satisfacción, como al machote que pondría en

vereda a estas flojas, refiriéndose a las tres mujeres de su casa, incluida mi madre, que miraba al suelo sumisa. La figura paterna se disolvió cobrando fuerza la figura materna, mi madre. Yo con mis doce años, vi en la muerte de mi padre la oportunidad que constantemente se me había negado, la de estudiar con la maestra del pueblo. Un día, antes de morir mi padre, me atreví a acercarme a ella cuando subía de la plaza a su casa. Le pregunté sin rodeos si me quería enseñar a leer, y ella después de observarme detenidamente durante unos instantes me dijo: -¿De quién eres tú? Y yo le contesté resuelta -De la Rosa, la del colmenero, señorita. -¿Y qué dice tu padre? -“Na”, señorita, no le he dicho “na”. -Pues díselo niña, que sin su consentimiento no te puedo enseñar ni hacer la “O” con un canuto. -Voy corriendo a preguntarle. Y dicho esto eché a correr calle arriba en dirección a mi casa. -¡Niña para!-dijo la maestra en alto. -Acércate que estás muy loca: ¿Me pueden pagar?

-Señorita si le pide dinero a mi padre, a buen seguro que me cuelga de las orejas. -¿Sabes de la casa? -De todo señorita, mi madre me ha enseñado muy bien. -Pues vendrás dos días y después de arreglar la casa te enseñaré lo que pueda, ya veremos lo bruta que eres. -Gracias señorita.

Y esta vez, sí salí corriendo hacia mi casa deseando hablar con mi padre cuanto antes. Pensé que era una suerte que la maestra quisiera darme clases, y además sin cobrarme nada. Así es la inocencia de los niños que no ven la maldad de los adultos y triplican lo que dan a cambio de lo que reciben. Pero mi padre no era precisamente un hombre tolerante, por lo que cuando se lo pregunté, relatándole toda la conversación casi al punto de ahogarme no fuera que me dejara con la palabra en la boca, lo único que hizo fue mirarme y decirme: -Rosa, déjate de tonterías que tú con saber atendernos a nosotros tienes bastantes licenciaturas. Mira que si Dios quisiera que la mujer supiera mucho, nos habría hecho tontos a nosotros y ya ves que no es así. Y dándome un pescozón me mandó al huerto a dejar el burro, con la risa perversa de mi hermano que había oído la conversación, golpeando mi amor propio como un martillo. Pasados los años desistí de tal empresa, estaba claro que mi madre no me iba a permitir saber más que ella. Los años siguientes fueron asfixiantes, mi hermana mayor se marchó a servir a una casa de Talavera de la Reina, donde conoció al que sería su marido y con el que al cabo de un par de años se casó. Yo me quedé sola con mi madre, y así pasaron los años hasta que llegué a cumplir 60 al lado de una madre de 92. Cuando intento recordar algo sobre aquellos años, muchos a juicio de cualquiera, llego a la

conclusión de que no me acuerdo de lo que hice, porque la realidad es que no hice nada, me pasé la vida atendiendo a mi madre hasta que esta murió. Una mañana al entrar en su habitación para levantarla de la cama me la encontré fría como el hielo. Comprendí que estaba muerta. La sensación de abandono que experimenté fue tan fuerte que estuve cerca de media mañana sentada en una silla baja de mimbre a su lado sin saber bien qué hacer. El velatorio fue muy concurrido, hasta la casa llegaron familiares, parientes, vecinos, y mis odiados sobrinos. Desde el primer momento tomaron posesión de todo lo que había, siendo la casa mía pues me la había dejado mi madre en herencia por cuidarla hasta su muerte sin haberme casado. Pero ellos lo veían de otra manera, yo era un mueble más que ya se ocuparía más tarde de colocar en algún sitio. Yo me encerré en el baño a llorar, llevaba toda la vida dominada por alguien, mi padre, mi madre, mi hermano, y ahora mis sobrinos. Estaba desesperada, comprendí que tenía que tomar una decisión, y me tendrían que escuchar. Salí del baño después de lavarme bien la cara con agua fría y me planté en el salón delante de mis hermanos y mis sobrinos. –Escuchadme todos, una vez que entierremos a madre cada uno de vosotros volverá por donde ha venido, a su casa o donde quiera irse que yo, ya sé lo que tengo que hacer. Se creyeron que me había vuelto loca y empezaron a consolarme primero, luego a rogarme y por último a levantarme la voz. Eso fue lo último que oí, pues levantándome de la silla y vencida completamente por la ira que amenazaba con estallar en mi garganta, los cogí del brazo una a uno y los saqué de la casa. Acto seguido y en plena crisis de libertad, me acerqué a las oficinas del Ayuntamiento y solicité un curso de alfabetización. Yo, que nunca había salido del pueblo ¡iba a leer! Y allí fue donde con sesenta años, tres meses y quince días, conocí a mi futuro marido, Pedro. Él era soltero, de 62 años que se dedicaba a dar las clases. No era como yo, era un hombre culto que había vivido solo por propia voluntad, sencillamente no había encontrado a la mujer de su vida, según me dijo. A día de hoy no termino de ver que es lo que vio en mi persona, aunque él ha intentado explicármelo miles de veces. Pero me quedo con las palabras que si entiendo y me sobran y me bastan para ser feliz a su lado “lo que veo en ti Rosa es a una mujer que yo quiero tener a mi lado”. Llevamos 16 años casados. Hoy mientras miro desde mi vieja silla de mimbre las idas y venidas de los años rápidos y veloces, me fijo en todas las jóvenes que pasan por mi puerta. Son todas las hijas que yo no tuve, las mujeres que tendrán la oportunidad de elegir su futuro, aun a costa de equivocarse, y que no se verán discriminadas ni por su familia ni por la gente que las rodea, no se las juzgará y podrán situarse al mismo nivel de

quien ellas elijan e incluso más alto. Lo que quieran, pues mujeres como yo, hemos sentado las bases de la igualdad y respeto que durante tanto tiempo se nos ha negado, es por ello que a todas esas “hijas” las dedico estas líneas. Pues aunque tarde, Pedro me enseñó a leer y a escribir dando por cumplido mi tan ansiado sueño.



**Alumna:** Verónica Calvete Sánchez

**Centro Docente:** I.E.S. Alonso de Avellaneda

## UN SUEÑO ENTRE CHABOLAS

Es el segundo vaso de leche que me bebo. Son las cuatro y trece minutos de la madrugada y es la tercera vez que me levanto.

Parece que esta noche va a ser larga, no porque vaya a tener más horas, no, sino porque esta noche los brazos de Morfeo me han abandonado y no puedo conciliar el sueño.

-Bueno aprovecharé para repasar los apuntes, total, tengo que coger el tren a las siete y media para llegar a la facultad...

Sentada en la mesa del comedor, procuro no hacer mucho ruido con la silla, no quiero despertar a mi familia y menos a mis padres... Se me humedecen los ojos de pensar en ellos, sobre todo en mi Madre.

Mi Madre, sí, con mayúsculas, madre.

No tanto mi padre, le quiero y le respeto, pero siento que lo que estoy haciendo no es de su agrado y siempre me lo está reprochando, también mis hermanos. Ser la hermana mayor de cinco chicos no es fácil... siendo gitana.

Ahora recuerdo cuando tuvimos que marcharnos de la chabola, la verdad es que no me gustaba estar allí, solo había suciedad y barro cuando llovía, no aguantaba el frío, y la estufa de leña que teníamos, no lograba calentarme, sólo estaba a gusto cuando, por las mañanas, el autobús iba a recoger a los niños para llevarnos al colegio. Esas horas, hasta después de comer, era feliz. Cuando por la tarde volvía al poblado, lo pasaba fatal, pero allí estaba mi madre para consolarme y animarme.

-¡Vamos Andrea, que el autobús se tiene que ir!

Me costaba un montón volver a mi vida, cosa que no les pasaba a mis hermanos, alguno de ellos ni siquiera iba a clase, y los dos pequeños en

cuanto salían del autobús, se quitaban los zapatos y le tiraban la mochila a mi madre.

-¡Ay Andreita hija, lo que tardas! ¡Ven acá pa'ca y da un beso a tu madre!  
¡Esta niña mía va pa' bogá!

Mi padre no era tan optimista, en cuanto entraba por la puerta ya me estaba mandando y mis hermanos igual. Mi madre y yo éramos las que preparábamos comidas, cenas, hacíamos las camas, lavábamos la ropa, íbamos a la compra, etc. Los deberes los tenía que hacer casi a escondidas, cuando me iba a dormir. No le hacía ninguna gracia lo que estaba haciendo, siempre me salía con la misma historia: - Andrea, ha"estao" aquí tu primo Antonio y ha "preguntao" por ti.

Yo me daba la vuelta y allí estaba mi madre para hacerme el quite.

Todo cambió cuando salió la orden de desmantelar el poblado. Yo no cabía de gozo, y no comprendía muy bien la actitud de mis hermanos y del resto de las familias que allí vivían.

¡Nos íbamos a unas casas chulísimas! Y encima cerca del colegio. La mudanza duró unos días, teníamos que sacar lo poco que teníamos o a mí me parecía, porque luego se llenaron cajas y cajas que tuvimos que ir llevando en la furgoneta de mi padre.

La casa estaba a las afueras de la ciudad, donde hacen esas urbanizaciones tan bonitas, además tuvimos suerte, porque todas eran de planta baja, muy acordes con nuestro modo de vida. Estábamos acostumbrados a vivir casi en la calle, y eso estaba bien, porque mis padres y nosotros mismos, dentro de lo bueno o lo malo, según se mire, no íbamos a tener que estar en unos bloques de pisos, encerrados allí. Así que toda la familia estaba encantada.

Yo seguía estudiando, a veces me sentía como un bicho raro, primero por mi familia y, luego por el resto de mi gente. Todos me miraban de arriba abajo, me hacía sentirme como una extraña, pero cuando llegaba el día siguiente y me vestía para ir a clase, todo me daba igual, estaba haciendo lo que quería hacer y lo que pensasen los demás, me daba igual.

Nunca podré agradecerle bastante a mi profesora de Sociales todo lo que me ayudó a luchar por lo que yo quería, sin importarle si yo era gitana o no. Su respeto hacia mí y mi familia me enseñó que querer es poder. ¡Cuántos

días tuvo que ir a hablar con mis padres para que me dejaran ir a la biblioteca a estudiar!

También es verdad que mis padres, sobre todo mi madre, nunca pusieron impedimentos y al final era ella la que tenía que convencer a mi padre y a mis hermanos.

Incluso cuando dejé el instituto, me ayudó en mi ingreso en la facultad de Derecho y hoy todavía está apoyándome en mi decisión para ser juez.

Juez.

Estoy a punto de presentarme a las pruebas y estoy aquí, sentada en el comedor sin poder dormir, pero contenta. Ya sé que hay muchas mujeres jueces o juezas (este término no me gusta mucho para distinguir hombres de mujeres, pero bueno, la RAE lo admite, así que está bien), pero ¿Cuántas mujeres gitanas? No lo sé, no tengo noticias de que hubiese alguna, no importa. Tampoco quiero salir en los periódicos por algo que debería ser normal. A mi edad una mujer gitana ya estaría casada y con dos o tres “churumbeles”.

Estoy contenta, sí, porque aunque todavía no sé si aprobaré, sé que si lo consigo, habrá merecido la pena todo el esfuerzo, el tesón y la lucha, a veces interna, entre quien soy y lo que quiero para mí y los míos. Si ya es difícil que un hombre gitano llegue lejos, todavía lo es más si eres mujer y gitana.

-Pero Andrea, hija ¿Qué haces despierta tan temprano? ¡Todavía no tienes que marcharte!

-Mamá que susto me has dado. ¿Hace mucho que estás ahí?

-Un ratito, pero como estabas tan concentrada no he querido decir nada. No te preocupes, saldrá todo bien, estoy segura.

-Gracias mamá, ¡ojalá que los demás piensen lo mismo!

-Aunque no lo creas, tu padre y tus hermanos quieren lo mejor para ti, pero su orgullo no les deja expresarlo ni decírtelo directamente, pero créeme, a veces el silencio también puede demostrarte que te apoyan. Bueno, acuéstate un poquito, y descansa.

Me levanté y antes de irme a la cama le di un abrazo a la persona que más quería. Este sueño se hacía realidad gracias a ella, a una mujer luchadora, que se casó con mi padre a los dieciséis años y que nunca dejó que yo siguiera el mismo camino que ella.

Que se empeñó en que estudiara y que eligiera libremente lo que yo quería hacer en mi vida.

Una mujer. Mi madre.



**Alumna:** Silvia Ramila Robador

**Centro Docente:** C.P. Adolfo Suárez

## **CARTAS ANÓNIMAS**

### **Primera carta.**

“Es evidente que me duele fallar a esas personas que han puesto voluntariamente la mano en mi hombro, han dibujado una sonrisa perfecta en sus labios suspirando de orgullo, mientras me miraban a los ojos sin decir nada. Fue un breve momento que se desplomó al dejarme actuar libremente.

Reconozco que el error pudo ser mío, pero las circunstancias fueron las culpables de que todo saliera así.

La madurez puede que sea la experiencia que se adquiere al afrontar estas cosas, en las que tras los suspiros de orgullo, vienen los suspiros de desilusión. Y luego aprendemos a suspirar inconscientemente, como si fuera nuestra respiración normal.

Realmente nadie sabe lo que me pasa, aunque intenten hacerme entender que han vivido situaciones parecidas...Yo, y solamente yo, he vivido lo mismo.

Busco soledad en una habitación estampada de miles de momentos que pasé. Recuerdo haber sido feliz en este cuarto. Recuerdo haber vivido tanto, y tan poco...Todo lo que he vivido en sus paredes está marcado, aunque esta vez de forma distinta. Parece que ya no tiene color. Parece que lo que conozco desde siempre, realmente no sé qué es. Lo cojo, lo toco con mis propias manos, y me cuesta entender que es mío.

Este estado de melancolía ya lo he vivido antes, y sé que se me pasará en un rato”.

## Segunda carta

“Prefiero huir a permitir a los demás que me vean llorar. ¿Por qué es tan difícil soportar todos los problemas?... Ahora estoy en medio de mil dudas en las que no puedo ni quejarme, ni llorar cuando yo quiera... Siempre termino con la penosa sensación de haber perdido.

Creo que, o solo lo sufro yo, o los demás no son lo que parecen.”

## Tercera carta

“Te echo tantísimo de menos. Pensar que te he perdido es casi tan difícil de asimilar como creer que nunca más volverá a salir el sol.

¿Me dejé algo bueno por decirte? Seguro que sí, aunque ya parece que no importa.

Intento recordar todos los buenos momentos que hemos vivido y tras el más reciente, sé que no habrá ninguno más. Sí... Es muy duro saber que ya no estás. Haría cambiar tantas cosas por tenerte un poco más, porque estuvieses a mi lado, o por recibir los rayos de aquel sol, que eras tú.

Volvería a ser feliz sabiendo que aun puedo aprender un poco más de ti y que aún tengo mucho más que darte.

Serán tus luceros los que dejen de iluminar este mundo, pero los míos los que dejen de mirarte.

Entre tanta oscuridad, siento una mano fría en el corazón.

Ya sé que esto pasaría. Pero me costó tenerte, y ahora perderte me costará mucho más...”

## Cuarta carta

“La gente se preocupa de la contaminación. Sí., muy perjudicial. Pero ¿y la vorágine de la ciudad? Si existe un sistema de reciclado, ¿Por qué no algo para arreglar este caos psicológico urbano?

¿Acaso se nos ha olvidado cómo vivir?

¿Por qué sonreír por la calle es un suceso que te haga desentonar?”

## Mi carta

Queridísimo lector;

He encontrado estas cartas en un lugar llamado Mundo, y busco a todas las personas que hayan sido partícipes en ellas.

La verdad es que me costará encontrarlos, porque todos seguramente nos hemos sentido así alguna vez. ¿Serán de una mujer? ¿Serán de un hombre? ¿Qué diferencia podéis ver en estos sentimientos? Si de verdad creéis que somos tan distintos los hombres y las mujeres, entonces decidme... ¿Quién escribió estas cartas? Solo sabemos que son de seres humanos...

Para cualquier pista de estos posibles autores, os dejo esta dirección.

Calle Igualdad  
Número del 1 al infinito.  
Ciudad: El Mundo



**Alumna:** Lucia González Martín

**Centro Docente:** I.E.S. Arturo Soria

## EL MUNDO DESDE UN PARAGUAS

¿Qué es la igualdad? Extraño concepto, ¿verdad? Pero, no puedes comprenderlo, porque solo eres un paraguas.

Está lloviendo, Marta te coge y sale a la calle corriendo, Cariño –así llama ella al Señor o Don Mariano- se dispone a montarse en su cochazo negro. Te recoge y te arroja al asiento del copiloto. Empieza a refunfuñar sobre Marta.

Marta siempre te ha tratado bien, ella te compró en unos grandes almacenes, ella te seca cuando Señor te lleva de vuelta a casa... Y es ella quien te repara si te rompes.

El coche se para, ya estáis en el aparcamiento, Señor te abre y te usa como escudo, las gotas de agua resbalan por ti. Entráis en el edificio, te cierran, te sacuden, ascensor, pasillo, despacho... Ana te guarda en el paragüero, junto a la puerta, mientras habla con Señor sobre el color verde. (¿Qué es un color?) Señor siempre dice que Ana no es muy lista, pero es guapa.

Minutos después entra uno de los empleados, Señor le llama Chico, escuchas risas y bromas que tu inexistente cerebro metálico no puede entender, Señor comienza su clásico sermón sobre las mujeres y las finanzas y dice todas esas cosas que tú no comprendes... y que nadie parece realmente entender, pues como respuesta siempre obtiene ese tipo de risa tan falso...

Tac-Tac-Tac-Tac... Escuchas el inconfundible sonido de los tacones de Ángela, el día se pone interesante. Tú has escuchado a Los Jefes hablar en el café, han reconocido que ella es muy buena en su trabajo... Toc-Toc llaman a la puerta del despacho, entra Ángela, hablan sobre reuniones, Señor reconoce que ha hecho un gran trabajo... Sale Ángela taconeando fuerte y rápido, Chico y Señor reanudan su conversación, Señor le ofrece un ascenso (¿eso no servía para subir?) Chico dice que él tiene pánico a

las reuniones, Señor insiste, Chico suplica que se lo de a Ángela, Señor se niega. Voces. Entonces pasa algo inaudito, Señor te señala y dice: <<Mira ese Paraguas, ¿crees que si quién lo inventó lo hubiera llamado Lavadora, habría triunfado tanto? Chico contesta algo sobre superlavadoras. Señor se ríe, Chico no. Chico dice algo sobre igualdad y repite que Ángela es mucho mejor en su trabajo, y no tartamudea si habla en público. Señor se enfada. Chico se va.

Apenas pasa nada hasta que Señor te recoge del paragüero y te arroja de nuevo al asiento del copiloto, sigues dándole vueltas a las cosas nuevas que has aprendido hoy... ¿Quién es Lavadora? ¿Qué tiene Señor contra Ángela?

Llegáis a casa, Marta tiene preparada la cena para Cariño, a ti te lleva al baño y te extiende en la ducha, Señor se acerca y le pregunta si a ella le gustaría trabajar, Marta le mira y le dice que sería muy interesante, y le pregunta si a él le gustaría encargarse de la casa, ambos se ríen. Hablan, Señor comenta su teoría sobre esa tal Lavadora. PLAS. Señor se queda paralizado, Marta esta enfadada... << ¿Crees que por ser mujeres no podemos ser tan buenas como tú? Pues que sepas que en mi opinión, Ángela no se merece un ascenso, merece tu puesto>> Señor tartamudea. (Mujer, debe estar relacionado con hombre... Ángela es mujer, y es muy buena en lo suyo; Ana es mujer, pero no es muy lista; Marta es mujer, y puede hacerlo tooodo; Señor es hombre, y ha llegado a jefe, la gente le escucha y le tiene en cuenta; Chico es hombre, pero no es capaz de hablar en público, aun así, es de las pocas personas que llevan la contraria a Señor. Y luego están Los Jefes, no sabes si son hombres mujeres o ambos, uno de ellos se llama Ana, como Ana... ¿será mujer? ¿Le quedará bien el verde?)

Marta entra al baño y te recoge, os vais al café, ha quedado con Unas Amigas. Llegáis, parlotean, Marta cuenta la teoría de Señor sobre Lavadora. Se indignan, todas empiezan a hablar de sus trabajos, todas trabajan, ¿todas son mujeres? Marta trabajaba pero le dieron su puesto a una chica más joven (¿tal vez más nueva?) ahora quiere volver a trabajar. No la creen capaz. Tú, sí la crees capaz, sabes que ella tiene esa cosa que siempre le restriega a Señor, una... ¿carrera?

Volvéis a casa, Marta te pone a secar. Suena un móvil, Marta habla. Han ascendido a Ángela, está contenta. Te coge y volvéis a salir, Marta tararea una canción, va a trabajar, <<Con el tiempo ningún rechoncho caballero

cuestionara mi capacidad>> Os acercáis a una tienda. Tú sigues reflexionando... Pero todos los pensamientos resbalan sobre ti sin llegar a traspasarte, como Chico dijo que pasaba con Señor... Sigues sin comprender en que se diferencia un hombre de una mujer, son tan parecidos, para ti cuesta distinguir unos de otros... Y tú, ¿eres hombre o mujer? Nada, solo eres un paraguas.



**Alumno:** Moisés García García

**Centro:** I.E.S. Josefina Aldecoa

## MARÍA NECESITA AYUDA

María salió a la calle sin rumbo fijo. Tenía que escapar, escapar de la vergüenza, del dolor y de los recuerdos. Se había puesto unas gafas de sol y una chaqueta fina; no es que hiciera frío, sino que tenía que ocultar las huellas de la última paliza que le había dado José. Sentía vergüenza por ella, pero también por él, porque en el fondo ella le seguía queriendo a pesar de todo.

Caminando había llegado a la calle Mayor, aquella calle que tantas veces les viera pasar a los dos hace años cuando eran novios. No existía más mundo que ellos dos. María estaba locamente enamorada de aquel chico fuerte y autoritario que le decía:

-Tú serás mía y de nadie más, no te dejaré que vayas con otros.

Y cuando ella se encontraba con un compañero de clase José soltaba:

-¿Quién es ese? ¿No tendrás ningún rollo con él? Por la forma en que te mira parece que seáis más que amigos. ¡Cómo vuelva a mirarte así, le parto la cara la próxima vez!

María se sentía alagada en aquellos momentos; pensaba que esos ataques de celos significaban que él la quería mucho. ¡Qué lejos estaba de la realidad que le esperaba después!

Siguió caminando, a solas entre la gente, con la mirada perdida, absorta en sus pensamientos. De pronto algo a su derecha notó le llamó la atención, era un escaparate, la tienda de novias donde compró su traje. De nuevo los recuerdos se agolparon.

Era el día más feliz de su vida, se iba a casar con el hombre que la amaba y quien la protegería, con quien iba a compartir su vida, con sus alegrías y sus desdichas, aunque ella no sabía que serían mayoría éstas últimas. Ahí comenzó su tormento, a solas con su marido, un hombre al que poco a poco iría desconociendo.

Todo empezó por frases a las que no dio importancia. Cuando estaba con amigos, José no le dejaba hablar y le decía:

- ¡Tú calla, que no sabes nada!
- ... mejor te vas a la cocina y nos dejas hablar, que no dices más que tonterías....

Nunca había pasado de las palabras hasta aquel día, aquel maldito día. Fue en la navidad del año anterior. Habían quedado para cenar con la familia de José en casa de sus suegros. En un momento de la cena María le pidió que no bebiera más:

- No bebas más José, que tienes que conducir.
- Conduzco yo mejor borracho que tú con agua
- Pues como sigas bebiendo no te voy a dejar conducir. Yo llevaré el coche.
- ¡Que te crees tú eso listilla!
- ¡Te he dicho que no! – le gritó María.

José no supo responder y calló delante de su familia, esperando tomarse la venganza. Y se la tomó. Nada más entrar por la puerta de su casa, agarró a María por el brazo.

- Suelta que me haces daño – dijo ella.
- Te crees que me puedes chulear delante de mi familia.

Y sin decirle nada más le abofeteó en la cara y la tiró al suelo. Ahora la tenía indefensa. La pateó hasta que un hilo de sangre empezó a brotar de la nariz y del labio de María. Entonces, se agachó y abrazó llorando a su mujer.

Esa vez ella le perdonó; y la siguiente, y la siguiente. Hasta que empezó a sentir miedo por los cambios de humor de su marido. Ya no era respeto por la persona a la que quería, sino verdadero miedo, un terror que la paralizaba delante de él.

Sucedió varias veces, hasta esta última en la que había salido a la calle a pedir ayuda. Pero, ¿a quién? No podía gritarlo, se sentiría humillada y avergonzada de su situación delante de la gente. ¿Dónde ir? Siguió deambulando por la calle Mayor y por otras calles que le seguían trayendo recuerdos. No las reconocía, ¿dónde habían quedado aquellos momentos

tan felices? Su alegría se había convertido en un suplicio. Cada día era un tormento de angustia sobre lo que pudiera ocurrir.

Ya estaba cansada. Necesitaba ayuda, ella sola no era capaz de superar aquella situación. Iba mirando al suelo hasta que una sensación la hizo sobresaltarse. Sin saber como sus pasos le habían llevado hasta la comisaría de Policía; parecía que su subconsciente la hubiera llevado a encontrar la solución. No tenía valor. La solución estaba cerca pero no hallaba las fuerzas para dar ese último paso. Movi6 un pie y luego el otro; se dirigi6 hacia la puerta electr6nica. Ésta se abri6 para llenarle con un aire de calma, all6 estaba lo que buscaba. Un paso m6s, s6lo uno, lo hizo y sinti6 que hab6a encontrado la ayuda que necesitaba.



## SEGUNDOS PREMIOS – I CONCURSO DE REDACCIÓN

### “LETRAS POR LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ENTRE MUJERES Y HOMBRES” DE LA COMUNIDAD DE MADRID

**Curso: 4ª ESO**

**Alumna:** Laura Blanco Iglesias

**Centro Docente:** I.E.S Juan de Mairena

#### EL FUTURO TRAS LAS CAZUELAS

Mi abuela siempre me dijo que habría algo más. Más allá de los pasillos impolutos de tanto frotar con lejía, más allá de reunirse en la plaza de la iglesia todas las mañanas, todas allí aviadas y con el sabor amargo que deja el pasar de la vida en la boca. Más allá de los golpes y de las palabras hirientes.

“Mujer, no sirves para nada”.

Hubo veces que llegué a creerla. Pintaba ante mí una nueva realidad con sus palabras, con su talento innato para dibujar castillos en el aire. Tú sí sirves, me decía. Todas servimos tanto como ellos. Entonces salía de casa con deseos de gritarlo al aire, de tejerlo en las nubes y que todos, hombres y mujeres, se percatasen de ello. Yo servía. Pero entonces llegaban las burlas, llegaba, una vez más, la maldición de la fregona, de los platos y la costura.

“Mujer, no eres capaz de otra cosa. ¿Qué pretendes?”

Y yo me dejaba decir, mansa como un cordero, agachando la cabeza como siempre lo había hecho. En el fondo, aunque me avergonzaba admitirlo, me sentía más cómoda en mi universo doméstico, que, aunque aburrido, era seguro y conocido.

Pero mi abuela siempre me insistía en que debía poner punto y final a todo aquello. Era curioso, y el resto de la gente también lo pensaba así, que mi abuela tuviese ese tipo de ideas. Quizá era la viudez. No tener un hombre la había descarriado, comentaban muchos.

“Mujer, cállate”.

Y yo callaba. Callaba porque me habían enseñado a hacerlo; me habían enseñado a bajar la mirada ante un hombre y a servirle en todo lo que estuviese en mi mano, e incluso más. Ellos, en cambio, no tenían porqué hacerlo. No tenían porqué mostrar respeto ante nosotras. Eran hombres.

”Mujer, ¿qué haces aquí? Ponte a limpiar”.

Mi abuela me contó una vez un sueño que tenía a menudo. Era un futuro, el futuro en el que habría algo más, decía ella. Algo más que agujas, estropajos y cazuelas. Algo más que las mañanas en la plaza. Y yo escuchaba su voz de árbol, de infinita edad; escuchaba aquellas historias en las que las mujeres no eran peores que los hombres, pero en las que tampoco el hombre era peor que la mujer. Iguales. Y, como tal, habría mujeres que mandarían a hombres, aseguraba ella, muy satisfecha, pero también habría mujeres bajo el mando de los hombres.

“Mujer, tú no puedes hacer eso”.

Llevaría mucho tiempo, afirmaba. Sus ojos se prendían en algún punto del cielo, ausentes, viendo esbozos de sociedades imposibles. Siglos, quizá incluso milenios. No es fácil hacer que se desvanezca toda una eternidad de gritos y humillación en días. Y, para cuando llegue el momento, deberemos ser pacientes con ellos.

“Mujer, esta comida es basura. Es lo único que haces, por qué no te esmeras?”

¿Por qué? ¿Por qué deberíamos tener una comprensión que ellos no tenían? A veces, tras hablar con mi abuela, me descubría pensando aquello. Me descubría imaginando su futuro. Y durante algunos días me atrevía a mostrar una actitud digna ante ellos. Trataba de no agachar la mirada en su presencia, no evitaba mirarles el rostro. Pero era difícil aceptar la idea de la que hablaba mi abuela. Igualdad. Y cuando me quería dar cuenta, de nuevo estaba con las rodillas desolladas de tanto limpiar el suelo.

“Mujer, eres una inútil”.

Habría algo más. Quizá no pudiese actuar, pero podía atreverme a soñar, podía cerrar los ojos y observar el dibujo de tonalidades cálidas que mi abuela había dejado impreso en el aire con sus palabras. Allí lo veía con claridad. El futuro del que ella hablaba.

“Mujer, te prohíbo volver a pensar en ello.”

No. Ahí es cuando se acaba. Ahí es cuando tiro a un lado la fregona y dejo caer al suelo las agujas. Ahí las cazuelas resuenan como tambores. Ahí me arranco el vestido y echo a correr desnuda bajo el sol, desnuda en las aguas del río, desnuda como un hombre. Ahí me alzo, no sobre ellos, sino a su altura, y reclamo lo que es mío.

“Mujer, Arriba, compañera”

Algún día.



**Alumno:** Enrique Martínez Báez

**Centro Docente:** I.E.S. Rafael Alberti

## LA IGUALDAD

Como dos gotas de agua, como dos copos de nieve, estamos hechos del mismo barro, pero moldeado de forma distinta. Pero... ¿acaso eso importa?

Solo tenemos unas pocas diferencias que se pueden pasar por alto, y tan solo por esas insignificantes diferencias, crean un abismo entre ambos seres.

Uno de ellos se cree mejor que el otro, y desprecia mediante la burla y la ignorancia al otro ser, mandándola callar cuando habla y obligándola a pensar como él. Ella se siente acobardada y temerosa, pero cuando se pone a pensar, ve que son tan iguales, y que él no tiene razón en sus palabras y en sus actos.

Ella se encontraba en esa esquina sombría y húmeda, desde la cual no se escuchaban sus palabras, solo sus lamentos. Encadenada con una cadena sin origen, que la mantenía presa de sus propios miedos.

En cambió él, estaba en la gran sala iluminada. Vestido con la hipocresía y coronado con la prepotencia.

Ella no soportaba más esa clandestinidad y humillación, y con la llave de la libertad se soltó de las cadenas de la opresión, luego se fue quitando las vestiduras del silencio y fue avanzando hacia la habitación iluminada, donde se encontraba él, subido en lo alto de un pedestal. Ella decidida, superó este difícil obstáculo, y al llegar arriba, vio como él la miraba de arriba abajo, creyéndose superior.

Ella se abalanzó hacia él. Primero, le quitó las vendas de la ignorancia, luego esas vestiduras de la hipocresía, esa corona de la prepotencia, esas joyas que parecían decir "yo tengo el poder", y por último esos lujosos zapatos hechos con la libertad de otros.

Los dos pudieron verse completamente desnudos, sin nada que les hiciera ser superior o inferior al otro. Él soltó unas lágrimas, y le dio un abrazo a ella. Ésta le dijo:

-Has tardado mucho en verme que soy igual a ti.

-¡Siento mucho lo que te he podido hacer! Esas pertenencias me han cambiado. Disfrutaba del poder... de poder imponer ciertas libertades a los demás.

Salieron de ese lugar, contemplaron el paisaje, y decidieron ponerse a caminar por el sendero.

-¡Ahora podemos empezar una nueva vida basada en la igualdad y libertad!

Porque sé, que este mundo es lo bastante grande para los dos -Él le cogió de la mano a ella y le dio un beso, ésta se sonrojó.

Los dos continuaron andando por el sendero, hasta perderse en el horizonte...



**Alumno:** Aaron Isiminger

**Centro Docente:** C.P. Zola

## TIERRAS DEL MALVIVIR

Los campesinos ya están en el campo recogiendo la cosecha de temprana mañana. Apenas son las siete y para Leo la escuela no empieza hasta más tarde. Está en el campo porque su padre quiere que vea un trabajo de hombres, a parte de dejar que pase el tiempo hasta que sea hora de irse.

Pese a ser temprano, y pese a que el sol típico de Andalucía, un emblema para estas tierras, sigue medio dormido, se ve el verdor de sus tierras, tan puro como su bandera. Es tan bonito, único, que sin acercarse mucho a los cultivos se puede ver el frescor de éstos, sin tener que probarlos siquiera. Las verduras de los gitanos son las mejores de todo Olivares.

Los campesinos cargan al “Burrico” con su colecta, preparados para ir a la plaza para venderlo a aquellas señoras de pueblo. Estas, ya despiertas mucho antes que los campesinos, esperan cuchicheando de sus temas de vieja a la llegada del “Burrico”, para así cantarle sevillanas y acariciarle en la cabeza, pasando su pelaje gris y desgastado por sus arrugadas manos, mientras que los ojos azabache del animal lo agradecen.

Con su edad, los esfuerzos son grandes, y no hay quien lo sustituya. Leo, debajo de una palmera, ve el ambiente de su alrededor. -“Verde que te quiero verde, *andalú* yo seré siempre...” -canta Leo, sin sonrisa, pero canta-. Su padre se le acerca cargando un saco de patatas. -Leo, ve tirando *pa* la escuela, *chiquillo*.- le ladra su padre-. Leo no le hace esperar y se levanta para emprender su camino. No es bueno hacerle esperar.

En el camino ya, se cruza con unos perros que andan sueltos, ladrándole.

-“Luz en la mañana, por la noche *quejío* y quiebro...” -Leo va cantando-.

Su padre sigue enfadado. Con su madre. Ella quiere ser una “señora con traje” como les llama Leo. Las “señoras con traje” visten bien e igual todos los

días, menos domingo, y por las tardes, después de volver de Sevilla, van a la cafetería y se toman el café. Solo son cuatro, pero su padre dice que los tiempos están cambiando: -Antes niño, las mujeres estaban en casa y cuidaban de la casa. Como mucho cogían la hoz y la pala. Pero siempre a mano la escoba y el *biberó*. Pero les dices lo que tienen que barrer, *illo*, porque si no te barren hasta la cabeza. Tu madre es de casa como deberían serlo *toda las demás* -recuerda haber escuchado decir a su padre.

Leo ya a las puertas del colegio ve llegar a las profesoras, todas juntas. Éstas entran en el edificio. *Su madre es muy parecida a ellas, y no están en casa.* - piensa Leo- Su madre quiere trabajar porque dice que así se pueden comprar más cosas bonitas, y que si trabaja, le podrá regalar a Leo una bici bonita, nueva. *Y que sea verde, que es el más bonito.* -piensa Leo- Pero su padre no quiere eso: -Andar es más sano, así que no necesita bici, por lo que tú no necesitas trabajar, Ana. ¿Qué crees que pensarán los *demás*, si ven que el dinero a casa lo lleva la *mujé*? -dijo esta mañana su padre- Tu padre palangana que sabrá lo que es mejor *pa* ti, si ahora tú eres mío.

Si es que como son palanganas los de tu familia me quitan la *razó*, pero si yo fuese sevillista, me dejarían ponerte correa y *tó*. -y después de esto, le hizo callar a su madre-.

Pero Leo no quiere recordar eso. Él canta para no acordarse, mejor, para no pensar en que su madre quiere ser una “señora con traje”. Por eso Leo canta, para mecerle como cuando antes era un bebé en la cuna y para que esa voz le cante y le duerma, porque esa voz es capaz de taponarle sus oídos a cualquier tormenta. Incluso las de lluvia. Es como un poderoso narcótico que le aísla de todo lo ajeno y perjudicial solo durante breves momentos. Para alejar los gritos de esta mañana.

Entra dentro de la escuela. El sol de Sevilla ya aprieta fuerte, y ahora se puede ver su esplendor.

Llega a casa después de la escuela, y la puerta está abierta. Su padre no está en casa. Su madre está en la cocina, con una maleta tumbada en las baldosas frías de la cocina. Ella se da cuenta de que su hijo ha llegado, se le acerca y le besa en la frente. Pero Leo no quita su mirada de la maleta, como si anclada estuviese. “-Leo -empieza su madre-, me tengo que ir durante un ratillo a Sevilla.

Una amiga de mamá ha dejado que me quede en su casa. Voy a encontrar trabajo. Por eso me tengo que ir. Tu padre no quiere que trabaje. Las mujeres trabajan Leo, y aunque sea de campo y me cueste encontrar sé que lo conseguiré. ¿No crees que también las mujeres le podemos dar un empujón a este mundo para que siga girando? -Leo asiente débilmente, con lágrimas cayendo de sus ojos. Le da el presentimiento de que no la va a volver a ver. Volveré a por ti chiquitín, y sabrás cuando he vuelto, lo presentirás.

Viviremos con los abuelos. Esta noche me iré. - Y en efecto a la noche, al escuchar el ladrido de los perros, supo que su madre ya no está más en casa. Su padre enfurecido da vueltas por la casa, y le interroga a Leo. Él no dice nada. Su madre no va a volver. Si vuelve no saldrá.

Pasan meses. Es por la mañana y Leo anda al colegio. Le ladran los perros. Y en el camino lo ve, y Leo sonrío por primera vez en meses. Puede que se imagine el lazo que tiene, que sea su sangre gitana, que se lo imagine todo, pero la coge. Va montando con la bici verde alegre. Verde del campo. Verde de Sevilla. “*Verde que te quiero verde*” canta Leo. Canta con una sonrisa.



**Alumno:** Edward Howard Davidson

**Centro Docente:** I.E.S. Severo Ochoa

## **BAJO EL VELO DE LA LIBERTAD**

Otro día más en este infierno de calor, de guerra e inestabilidad. En un mundo en el que no soy nadie y nada valgo. Desde pequeña me han inculcado que debo mostrar sumisión al hombre. Vivo en un lugar en el que la mujer no es reconocida. Ni reconocible. Por culpa de los tiranos fundamentalistas. Pero, ¿por qué?

Me levanto mareada. Se oye el ruido del tráfico, espeso en hora punta. Voy a despertar a los niños para llevarlos a la escuela. Preparo el desayuno y me dispongo a salir a la calle. Pero no puedo salir con la cara o el cuerpo al descubierto; me está prohibido. El comienzo del verano puede ser mortal en esta región del mundo. Este calor es inaguantable.

Salgo a la calle con los niños cogidos de la mano y los llevo al colegio. Día tras día la misma rutina, la misma guerra, la misma humillación... Para los hombres soy un objeto, un instrumento, un útil.

Tras dejar a los niños, me dirijo al mercado. Entrar en el mercado de la ciudad sin acompañante masculino puede ser peligroso. El calor se vuelve insoportable, quisiera quitarme este enorme manto negro que llevo encima. Quisiera ser libre. Pero no puedo. En una teocracia islámica, a una mujer le quedan pocas oportunidades. Vaya a donde vaya, seré tratada con inferioridad. No tengo derecho a pensar, a hablar, a tener opinión, a votar, a ser libre... a vivir.

Esclavizada por las cadenas de la religión, camino de vuelta hacia casa para que todo esté listo cuando vuelva él. Libertad, igualdad, derechos. Palabras e ideas que si salieran de mi mente serían castigadas, sería castigada. Obedecer y rezar es lo único que se les permite a las mujeres. ¿Por qué?

Cruzo el umbral de mi puerta y una vez en la seguridad de mi habitación, me despojo del molesto manto. Y de nuevo delante del espejo me miro sin manto, sin cadenas, pero sigo encerrada. Me doy pena; me desprecio... Encerrada por una ideología machista.

Suena el timbre. Ya había llegado. Abrí la puerta y con un frío saludo, apenas una mueca, se sienta delante del televisor. Ni amor, ni respeto: nada. Con la mirada cautivada por el televisor y con la boca llena de la comida que yo he preparado, me recuerda que debo ir a recoger a los niños. Vuelvo a cubrirme, a ocultarme, y salgo a la calle, al calor, a la inferioridad. Llego al colegio y uno de los profesores me observa de arriba abajo con una mirada que mezcla desprecio y obscenidad.

Llego a casa justo a tiempo para la oración, pero no puedo acudir a la mezquita; las mujeres no tienen derecho a compartir sala con los hombres. La religión a la que estoy obligada a pertenecer me excluye.

Después de la oración es hora de encargarse de los niños y preparar la cena. A veces pasa tanto tiempo que una se olvida de que no le gustaría hacer solo todo esto. Es por ellos... Casada por obligación con un hombre al que no quería, ni quiero, y privada de todo derecho y libertad, ¿qué vida es esta mía, monótona y sin sentido? Cualquier aspiración, cualquier plan de futuro me están prohibidos por el mero hecho de ser mujer.

Después de cenar, recojo y friego los platos: sin ayuda alguna, sin él, que está demasiado ocupado leyendo el periódico. Mientras, el sol termina por esconderse tras el horizonte de la capital. Acuesto a los niños y vuelvo a mi habitación.

Otra vez echada aquí; día tras día, la misma rutina, el mismo desprecio. Lo que piense y lo que crea justo no es importante para nadie. Poco a poco me entrego al juego del sueño y caigo rendida después de un día agotador.

Otro día más en este infierno de calor, de guerra e inestabilidad. En un mundo en el que no soy reconocida ni respetada...

Sin embargo, sé que un día no será *un día cualquiera*. Puede ser hoy un día nuevo, el comienzo de una nueva era en los derechos de una mujer. No voy a *servir* al hombre, no voy a callar como una esclava, voy a hacer que mi voz se oiga en todos los rincones de la ciudad, del país, del mundo... Voy a demostrar la importancia de la igualdad. Hoy voy a salir, a luchar, a luchar por mí. Voy a decir a mis hijos que su madre no nació para esclava, que van a ser hombres y mujeres libres porque su madre ya ha perdido el miedo a la sumisión obligatoria y ha conquistado su libertad por encima del sufrimiento. Que su madre...

Raschida Pastum escondió apresuradamente este escrito debajo del colchón de su cama el 14 de junio de 1998. El 10 de diciembre de 2007 la esperaba con lágrimas en el vestíbulo de la T-4 del aeropuerto de Madrid-Barajas su hermana Soumia. El vuelo procedente de Riad, adonde había llegado desde Teherán, era el final de un largo cautiverio de casi diez años en varias cárceles iraníes. Las casi trescientas mil firmas, mayoritariamente de mujeres, con que Amnistía Internacional y otras veinticinco organizaciones no gubernamentales de todo el mundo habían amasado la solidaridad con la cautiva, habían iluminado como miles de antorchas la dolorosa noche en que estalló su libertad.



**Alumna:** Clara Cortés Martín

**Centro Docente:** I.E.S. Rosa Chacel

## **PORCELANA**

La música sonaba suave, hipnótica. Era una habitación algo oscura, las cortinas estaban echadas y las sombras delineaban los ángulos de las figuras que estaban sentadas y escondidas en los estantes.

Estaba todo lleno de muñecas. Tenían ojos de cristal, piel de fina porcelana y sonrisas falsas pintadas con delicadeza y precisión. Parecían petrificadas, parecía que no querían perderse ni una nota.

La mejor muñeca (la más bonita, la más grande), estaba sentada en el centro de la habitación. No tocaba ella, solo seguía al piano tamborileando lentamente con los dedos sobre sus piernas. Su mirada estaba clavada en una rendija de luz blanca que se colaba entre un hueco que no había cubierto ninguna tela.

—Me voy a trabajar.

La música se trabó y calló. La muñeca más grande paró de intentar tocar sin piano. Sus párpados cayeron y sus ojos volvieron a la vida.

—Pórtate bien —siguió el hombre—. Y limpia un poco, se acumula el polvo.

—Quiero ir contigo.

Su voz sonó como un soplo, como un diente de león deshaciéndose, como un suspiro contenido por mucho tiempo. Como un ruego, lo que era.

—No puedes. Quédate en casa.

La muñeca más grande giró muy levemente su cuello de cisne blanco.

—Yo quiero salir también.

—No. No puedes. Tú te tienes que quedar aquí.

Un par de notas escaparon sin querer. Parecía que la canción agonizaba... o que también tenía ganas de escapar de esa habitación oscura.

—Quiero salir también.

Los ojos de la muñeca más grande eran negros como las sombras que se acumulaban en las esquinas. Negros y tristes. Prisioneros.

—Quiero salir también —y la tercera vez fue algo más alto que dijo mientras apoyaba las manos en el suelo para intentar levantarse.

Él entrecerró la puerta por que la había estado a punto de pasar , con el ceño fruncido, y avanzó un par de pasos con los brazos cruzados.

—Vas a quedarte aquí, como siempre. No puedes salir. Solo eres...

—Una muñeca. Solo soy una muñeca.

—Exacto. Una muñeca de porcelana frágil que no sabe lo que es el mundo exterior.

—Déjame saberlo. Tengo derecho a hacer lo mismo que tú.

—No puedes.

La muñeca frunció el ceño levemente.

—Yo también quiero salir. ¡Igual que tú, quiero salir! ¡Trabajar, andar, participar!

—No.

No. Esa palabra llegó hasta sus delicados oídos, y, siendo la más fea del mundo, ella la soportó. La soportó sin temblar, sin tambalearse.

No. Ella, la muñeca más grande, la más especial, estiró todo su cuerpo. Dio dos pasos al frente. Sonreía.

—Sí. Claro que sí. Tú y yo no somos diferentes, no te das cuenta —mientras hablaba, avanzaba hasta la puerta, hasta donde él estaba. La porcelana de su cara iba cayendo, desprendiéndose, posándose en el suelo como si fuese hojas de un árbol viejo. El hombre no podía apartar la mirada—. No debería haber ninguna diferencia entre tú y yo. Somos exactamente iguales.

—No lo somos...

—Sí —ella posó una mano sobre su mejilla—. Sí —repitió—. ¿No ves que estás hecho del mismo material que yo? Puedo hacer todo lo que tú hagas, exactamente lo mismo, e incluso más. ¿Qué me lo impide? Tú ya no.

Y le esquivó para abrir la puerta y salir. Cuando él intentó alzar la mano para detenerla, se quedó petrificado: era de porcelana.

La música volvió a sonar, la puerta se cerró y se quedó solo con todas esas muñecas. Ella iba a hacer lo mismo que él antes. Y él solo tendría que hacer como que tocaba.



**TERCEROS PREMIOS - I CONCURSO DE REDACCIÓN**  
**“LETRAS POR LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ENTRE  
MUJERES Y HOMBRES” DE LA COMUNIDAD DE MADRID**

**CURSO: 4ºESO**

**Alumna:** Paula Ortega López

**Centro Docente:** I.E.S. Santamarca

**UNA PAREJA, DOS HISTORIAS**

15 de Octubre, una ciudad de cualquier parte del mundo, una tarde soleada, dos jóvenes pasean de la mano hablando animadamente. Hablan de sus sueños, de sus aspiraciones. El siempre ha querido ser chef, a pesar de estar estudiando informática. Ella quiere trabajar en una gran empresa de compra y venta de acciones y para ello estudió Economía y Administración de Empresas. Viven juntos y ninguno tiene trabajo, se mantienen como pueden con el dinero que reciben de sus padres. Los dos están deseosos de que eso cambie. Cuando dan el paseo por acabado, suben a su pequeña pero acogedora casa, allí, él prepara una riquísima cena y luego se van a la cama. Esa noche los dos sueñan con un vida diferente, una vida que solo les perteneciera a ellos. Al día siguiente, los dos se presentan a una entrevista de trabajo. Emocionados, llegan a casa. Esperan impacientes una llamada, que según les han prometido sus entrevistadores, en algún momento de la semana llegará.

El 18 de octubre, el teléfono suena. Los dos se sobresaltan, se miran y se desean suerte el uno al otro con la mirada. Por fin, ella se decide a descolgar y una voz, le comunica que el trabajo es suyo. En principio es solo un puesto de becaria en una empresa, pero los dos tienen la esperanza de que con el tiempo pueda ir ascendiendo. La llamada de él llega pero para decirle, que con mucho pesar, el cocinero al que se disponía a suplir, ha vuelto repentinamente al trabajo, prometiéndole llamarle la próxima vez que sea necesario.

Años más tarde, ella es la subdirectora de la empresa en la que empezó a trabajar. Tienen un hijo y pronto tendrán otro. Él también consiguió un trabajo, en el restaurante. Viven en una preciosa casa, que con el dinero que han ido ahorrando los dos mes a mes, han comprado. También, como todo el mundo, tienen sus problemas, pero son los menos, ya que trabajan en lo que les gusta, viven donde quieren y además con quien quieren.

15 de octubre, la misma ciudad de cualquier parte del mundo, la misma tarde soleada, los mismos jóvenes que pasean de la mano hablando. La escena se repite. Siguen hablando de sueños, suben a casa, cenan y se acuestan. También sueñan, con esa misma vida diferente que esta vez, nunca alcanzarán.

Al día siguiente, los dos van a la misma entrevista. Y también esperan impacientes la llamada.

El 18 de octubre, el teléfono sigue sin sonar. Ella cansada de esperar, va a buscar respuestas a la misma oficina. Allí, la recibe el mismo hombre que le hizo la entrevista. Ella entra en el despacho y cuando se dispone a explicar el motivo de su visita, un chico de unos 20 años aproximadamente aparece ante ellos. El hombre le explica tranquilamente que ese joven es el que ahora tiene el puesto de trabajo. Ella supone que tendrá mejor expediente académico aunque se extraña de que, siendo tan joven, esté mejor preparado que ella. Se levanta para marcharse, pero antes decide preguntar el motivo de su rechazo.

El hombre, se limita a contestar que, a pesar de que está mucho menos preparado que ella, el joven no se podía quedar “embarazado”. Después de eso, suelta una jocosa carcajada.

Años más tarde, ella es camarera en un bar de copas, con unos horarios que no la dejan ni respirar y un sueldo miserable. No tienen hijos, no podrían mantenerlos. Siguen en su pequeña casa, aunque ahora por lo menos, se mantienen ellos solos, a pesar de que a él le despidieron de su puesto de chef al faltar unos días al trabajo por cuidar de su madre.

**Alumno:** Miguel Bueno Pérez

**Centro Docente:** C.E.S. y F.P. PRIMERO DE MAYO

## UN DÍA CON ELLOS

Me levanto, en una mañana soleada de primavera. Un fuerte aroma a flores me incita a asomarme por una ventana que no es la mía y, debajo de ella, un jardín verde, floreado, cuidado... En él, un jardinero está arreglando y cortando los rosales. Al otro lado de la puerta oigo una voz femenina que grita “*¡a desayunar!*”. Acto seguido abrí la puerta y unos niños pasaban por delante de mi puerta y me dieron los buenos días como si me conocieran perfectamente. Eso me dejó perplejo, fui al cuarto de baño y al mirarme en el espejo descubrí que aunque parecía la misma persona, habían ocurrido algunos cambios, para otros imperceptibles: mi pelo era más rubio, mis ojos menos oscuros... a pesar de asombrarme, en el fondo el resultado no me disgustó. Pensé que estaba en una de esas situaciones de *déjà vu* que tanto me divertían. ¿Cuánto tiempo duraría? Esa era la cuestión.

Al llegar a la cocina vi que un grupo de personas estaban sentadas alrededor de la mesa y que me invitaban a sentarme para desayunar. La mujer preparaba el desayuno, los niños iban colocando sus platos y vasos en el lavavajillas según iban terminando de desayunar y el hombre bajaba ayudando al más pequeño a vestirse para llevarlo a la guardería. Cuando todos hubieron terminado se dispusieron a arreglar sus respectivos cuartos. Por supuesto yo también recogí mi cuarto. La mujer terminaba de recoger la cocina mientras que el hombre recogía el dormitorio para juntos salir de camino al trabajar. Llevar al pequeño a la guardería y a otros dos niños de mediana edad me tocó hacerlo a mí, puesto que en aquella familia yo era como un hermano mayor. Después de dejarlos me iría a estudiar a la universidad. Era una familia en la que todos compartían sus labores cotidianas y en la que todos participaban tanto niños como adultos.

Al volver a la misma casa de la que salí, había una señora mayor que supuse que se trataba de la abuela. Ella nos preparaba la comida y atendía a Juan y a Marta que eran mellizos de doce años. Me dijo, Augusto ayúdame a pelar patatas y a lavar la lechuga. No sé cómo supe hacerlo, cuando anteriormente nunca lo había realizado. Ya que de todo eso se encargaba mi madre y mi padre.

Entrada ya la tarde, los mellizos fueron a asearse para cenar y poder acostarse temprano. El hombre y la mujer llegaron a casa y preguntaron ¿Cómo os fue el día? Durante la cena cada uno contaba su jornada. El más pequeño cantaba las canciones que aprendía en la guardería, los mellizos contaban los que les sucedían en sus clases y discutían porque cada uno quería contar la historia desde su punto de vista y yo no sabía si contar lo que me estaba sucediendo, así que me limite a decir que había sido un día normal y que estaba muy cansado. Me fui a mi cuarto excusando que al día siguiente tenía un examen. Recogimos la mesa y la cocina entre todos, los pequeños comenzaron a irse a la cama. El hombre fue a leer un cuento al más pequeño y la mujer se quedó viendo la televisión. Yo decidí darme un baño porque había sido un día un tanto extraño. Estudiando debí quedarme dormido y al despertar mi madre me dijo Miguel tienes que ir a clase, ya es la hora y me desperté en mi habitación con mis cosas y mis seres queridos.

Tal vez penséis que voy a decir que todo había sido un sueño. Y efectivamente, había sido un sueño, pero era un sueño mío, era un sueño tuyo. Las casas encierran hogares y, en todos esos hogares existen personas que viven dependiendo de otros. Todos necesitamos la ayuda, la colaboración y el apoyo de los demás. Compartir, colaborar y cooperar es esencial en cualquier grupo, sin distinciones, sin privilegios. Yo viví un día en una familia de privilegiados. Eran privilegiados porque ninguno tenía ningún privilegio.



**Alumno:** Daniel Baeza Saavedra

**Centro Docente:** C.E.I.P.S. Adolfo Suárez

## EQUALITY VILLAGE

- Pues sí, lo de las mujeres tiene mucho mérito. ¿Cómo puede una sola persona mantener la casa limpia, cocinar para su marido e ir al mercado y volver cargada de alimentos los trescientos sesenta y cinco días del año? - Arnold caminaba por su casa mientras escuchaba los crujidos de la madera bajo sus pies-. En serio, ¿el Sol os transfiere toda su energía o...?. ¿Qué haces? ¡Deja eso, anda! -gruñó desde el porche tras divisar a su mujer cortando trozos de leña bajo la atenta mirada del sol.
- ¡Anda!, ¿por qué? –contestó ella.
- No sé... ¿cuándo has visto a una mujer haciendo esto, cariño? Es una locura. Deberías estar aquí dentro, más calmada. Venga, que ya sigo yo.

De pronto, un agudo pitido proveniente del “walkie talkie” dio paso a una voz:

- Arnold, tienes trabajo. Una mujer está armando un escándalo público en el bar de *Old Village* y amenaza con hacerlo explotar; los bomberos están de camino- Tras un segundo pitido, la voz no volvió a escucharse.
- Ya has oído, Jessica -dijo a su mujer-. Tengo trabajo.

El hombre volvió al interior de su casa y salió ajustándose un cinturón, donde colocó su revólver, sus esposas y el “walkie talkie”. Desde el exterior se despidió de Jessica, quien entonces esperaba sentada en la camioneta de sheriff.

- ¿Qué haces ahí? Anda, baja, que tengo prisa.
- Pues sube -Chasqueó los dedos-. ¡Rápido! , no hay tiempo que perder.

- Estarás de broma. Es peligroso, ¡incluso irán los bomberos!

Ella, acomodada en el asiento del copiloto, esperó a que arrancara el motor.

- Que no voy a rescatar un gatito del árbol... ¡voy a detener a una pirómana!
- Bueno... sus motivos tendrá -sonrió-. ¿Crees que a una mujer le agrada pasar el tiempo en casa sin hacer otra cosa que mantenerla limpia y... ¡como mucho leer! Cierto es que la lectura es una de las mejores maneras para pasar el tiempo de ocio, pero necesito moverme un poco, conocer mundo. Sé que lo haces para cuidarme, porque te preocupas por mí, pero...
- Por ti y por el niño -interrumpió fijándose en su barriga.

Esta frase retumbó en su interior, por lo que Jessica le besó, abandonó el vehículo y se adentró en la casa, cabizbaja.

Cinco minutos después, Arnold ya se encontraba en el lugar, ante la mujer que amenazaba con un mechero zippo en sus manos, advirtiéndole que lo soltaría.

- Tranquila, señora, soy el sheriff Arnold. ¿Cómo se llama? – preguntó acercándose a ella lentamente, esquivando los charcos de gasolina.
- ¿Qué importa cómo me llame? No soy más que una criada, una sirvienta, ¿verdad? Claro, como las mujeres no tenemos otro deber más que obedecer a nuestros maridos y hacerlos sentir bien...

Arnold intentó tranquilizarla, pero ella no paraba de agraviar a todos los clientes que, atemorizados, se habían agazapado y rezaban por que no dejara caer la llama.

- ¿Os habéis visto? ¡Sois todos hombres! –prosiguió exaltada-. Seguro que vuestras señoras están dentro de cuatro paredes mientras dormitáis u os echáis unas risas y tomáis cerveza o güisqui. Yo no sé si continuará igual en los próximos años pero, hoy por hoy, en pleno mil novecientos, las mujeres no somos

más que unas marionetas, ¡y yo me niego a continuar así!  
Ahora vais a ver de lo que somos capaces.

El pánico se apoderó aún más de los presentes hasta que el sheriff consiguió calmarla y hacer que le entregara el mechero, con tan mala suerte que la llama rozó un taburete y el fuego se extendió por todo el local. Mientras ella se lamentaba, la gente se apelotonó en la puerta intentando salir, y Arnold fue inmovilizado por una viga que le había caído sobre la cintura. Solo en el lugar y rodeado de llamas, comprendió que su hora había llegado. Poco a poco fue cerrando los ojos hasta caer inconsciente.

- ¡Se está moviendo, se despierta! - gritó un bombero.
- Gracias por salvarme la vida - Arnold, aún aturdido, ató cabos.
- Te equivocas, llegamos cuando ya estabas fuera. Quien realmente te ha...
- Buenos días cariño -Jessica le besó en la frente y le puso en pie-. Sí, no te extrañes, fui yo. Me vi obligada a coger tu motocicleta y seguirte. Sin mediar palabra, Arnold se lanzó a abrazarle.
- Creo que se le ha churruscado el pollo -musitó Jessica al tabernero, bajo la luz y el calor de las llamas.

Una semana más tarde, tras comprender a la mujer pirómana y reconocer su situación, el alcalde instauró una norma estableciendo la igualdad entre todos los habitantes de *Old Village*, de manera que cada uno de ellos tuviera los mismos derechos y colaborara en la familia con todo tipo de tareas y deberes.

Tras implantarse esta ley, los bares se llenaron, la casa requería menos tiempo y las mujeres pudieron acompañar a sus maridos o reunirse solas a tomar refrescos- o bebidas más fuertes, las más atrevidas- y charlar. Pero, lo más importante, es que los ciudadanos vivieron más felices que nunca. Y el pueblo pasó a llamarse *Equality Village*: Pueblo de la Igualdad.

**Alumno:** Alberto Calderón Kovari

**Centro Docente:** C.P. Elfo-Ntra.Sra. de Fátima

## AUDICIÓN

¿Qué es una oportunidad?

Para la mayoría es solo una ocasión cualquiera. Sin embargo, si dicho suceso está relacionado con algo que nos apasiona, las oportunidades se convierten en las puertas de los sueños. De nosotros depende cruzarlas o no. Ahora bien, las oportunidades que se nos presentan en la vida tienen diversas formas, un nivel de importancia, una simplicidad y una complicación... Los seres humanos, todos por igual, “tenemos las mismas oportunidades”. Si bien esta es la teoría, en la práctica, los sueños de millones de personas no se cumplen. ¿Por qué?

Por desgracia, en la actualidad las oportunidades no se reparten con igualdad entre las personas. Todos conocemos la desigualdad, que es lo que más se ha globalizado, desde el amanecer de la humanidad. Derechos y oportunidades; que nos pertenecen a todos, y que son exclusivas de unos pocos. Ésta es nuestra realidad. Nuestra absurda realidad.

Son las siete y media de la tarde. Varias agrupaciones de músicos se han reunido en un agradable parque de la ciudad. Todos comparten un sueño, una banda de rock. Varias voces empiezan a elevarse más de lo normal, y se forma un corro a su alrededor:

-¡Nosotras somos más sensibles! Sentimos más y mejor lo que tocamos.

-Pero nosotros somos más expresivos, somos más intensos. ¡Nuestra técnica es mejor!

En medio de esta discusión, se encuentran los mejores guitarristas, independientemente de género o etnia, que hay en la ciudad.

Inconscientemente, para clasificarnos dividimos a la gente. De una manera u otra, todos y cada uno de los presentes, han progresado a lo largo de su vida con el manejo de la guitarra, ya que este instrumento es su motivación. Para un guitarrista, una guitarra y su aprendizaje, la oportunidad de ser escuchado, sentirte libre de decir lo que quieras, como quieras, sin importante en exceso lo que digan los demás, es sentirse realizado. Y así...

-Entonces, chicos, basta de palabras, ¡os lo demostraremos!

Los guitarristas toman el instrumento de su funda, para que las carencias de la expresión oral den paso a la rica expresión del arte. La retórica de los músicos. La capacidad de convencer a través de sí mismos. El rock, la música, el arte, representa un medio de expresión, cuando las palabras no bastan.

Suenan los acordes, rasgueos, punteos, melodías mágicas y reales, pesadas y ligeras, sobrias y eufóricas. A través de las cuerdas y sus trastes; la discusión se torna en entendimiento. Los gritos, en notas agudas y graves llenas de ideales, llenas de vida, insuflada por el medio, el domador del alma, los seres humanos, mujeres y hombres. Todos nos expresamos, todos tenemos ideas y sueños. Todos estamos al mismo nivel, equivocados o no, nuestras opiniones son parte de nuestra alma. Nos enseñan a estar separados; por continentes, por sexos, por religiones... Una persona a quien le han privado de soñar no es inferior. Al igual que cada uno lucha y se expresa por sus sueños, suenan los músicos a los que oímos tocar en el parque, decenas de guitarras cantando al unísono, representando lo que debería ser el mundo: Entendimiento, Comprensión, Igualdad. Cada cual lucha por sus oportunidades dejando las yemas de sus dedos en los mástiles de sus guitarras y sus cuerdas metálicas. Puede que al leer esto, no conozcas la sensación de tocar un instrumento por el placer de expresión...

## Música

*La mayor de las tormentas  
Se desata en mi pecho  
Mi corazón late, desbocado,  
A bordo de mi guitarra,  
Por marea mis sentimientos.  
La ola de mis convicciones  
Me impulsa hacia el exterior,  
Mi alma hecha volcán,  
Y así nace el sonido.  
Poderoso y tenaz,  
Un relámpago cruza mis manos  
Un rayo plateado,  
Metal contra metal.  
Ha empezado.  
Mi alma se desata*

*Pues sabe que va a ser oído.  
Yo soy mi mente y mi alma.  
Navego en el mar  
Sonido y armonía fluyen,  
Y yo fluyo con ellos.  
Mi voz resuena conmigo,  
Mi guitarra produce el sonido  
Que mis sentimientos narran,  
Sea cual sea mi sentir.  
Ahora soy tormenta.  
Lluvia y trueno,  
Dentro y fuera de mí,  
Lo dividido ahora es unión,  
Que en forma de canción,  
Llega presto hasta ti.*



Y así, la música frena la discusión. Todos se han hecho comprender. Así de fácil, los problemas de nuestra sociedad se solucionan. Cambiar el mundo hacia la igualdad está en nuestra mano, habiendo tantas maneras de entendernos como humanos hay en la Tierra.

Ahora es nuestro turno, de hacer que las oportunidades y los sueños sean accesibles para todos, y ésta es nuestra moraleja:

No hay bandos. No hay divisiones. El mundo lo formamos todos, y todos formamos el mundo. Todos sentimos por igual, aprendamos a respetarnos por igual. Reivindiquemos nuestros sentimientos, puesto que siempre serán dignos de ser atendidos. Apoya tus opiniones, respeta las del prójimo. Aprovecha cada oportunidad y no se las niegues a los demás.

Me despido, con ansias de cambio:



**Alumna:** Isabel Ciudad Sánchez

**Centro Docente:** I.E.S. Jose Luís Sampedro

## EL “TRABAJO” DE SER MUJER

Hoy solo veo vacío en las pupilas de mi abuela, mientras me enseña una caja llena de fotografías en blanco y negro, repleta de recuerdos que un día fueron su presente. Brígida Pozo nació el 27 de octubre de 1940. Sus ojos todavía muestran rasgos de inseguridad y temor. Temor a una vida que la condenó a ser mártir en una sociedad machista.

Nunca entendió por qué su hermano recibió una enseñanza de clases particulares en casa y ella no. Ni siquiera entendía la razón por la que los trataban de distinto modo, ¿por qué no recibían la misma educación? Al quedar huérfana de padre y madre a los diez años, fue adoptada por una familia de un pequeño pueblo de Badajoz. Allí se sintió afortunada. Empezar de cero, llamando madre y padre a unas personas a las que apenas conocía, y las cuales le enseñaron el significado de la palabra *amor*. Aprendió a leer y a escribir su nombre, aprendió a limpiar y a cocinar, tuvo que bajar cada mañana a ayudar a su padre en el campo, y acompañar a su madre a lavar la ropa en la panera. Las tareas domésticas se las dividían entre las dos, hasta que el padre regresaba al hogar después del trabajo y tenían que ocuparse de él.

Contemplo una única foto de 1954 en la que posaban los tres: mi bisabuela tenía cubierto su cabello por un pañuelo; tanto mi abuela como ella respetaban el luto por unos familiares que habían fallecido hacía años. Para mi bisabuelo el luto ya había terminado.

Brígida fue dichosa hasta el día de su boda. Día en el que cometió su mayor equivocación al casarse con un maltratador. Vivió con miedo cada ocaso que pasó a su lado, cada alba que despertó con él. Miedo a no hacer lo que él quería, a actuar de un modo que le molestase, miedo a enojarle. Tuvo tres hijas, todas niñas. La primera doce años mayor que la tercera. La del medio, mi madre. Las niñas fueron a la escuela, pero no fue nada fácil. Soportaban las miradas de disgusto de su padre por no haber

tenido ningún varón. Soportaban las mañanas trabajando en los olivares hasta el anochecer. Soportaban los llantos de su madre ante la impotencia de poner un fin a esta situación. Ahora eran cuatro esclavas a disposición de un monstruo.

Mi abuela permanece seria mientras me señala una imagen de sus hijas. Ninguna sonrío. Carecen de expresión. Son figuras cuyas miradas gritan pidiendo ayuda.

- Me separé después de veintiséis años de matrimonio - me comenta - nadie lo entendió. Los del pueblo decían que yo era la mala. Que si las mujeres habían aguantado a sus maridos toda la vida yo también debía hacerlo. Aun así lo dejé todo, y mis padres y yo nos vinimos a Madrid. Conseguí un trabajo, una casa e instituto para la menor de tus tías. Por primera vez fui capaz de ganarme la vida por mi cuenta. Tu madre también lo hizo.

Me cuesta aceptar que la comunidad pensase de esta manera. Esa desigualdad tan sumamente considerable entre el hombre y la mujer, que hacía que el hombre se limitase a trabajar para conseguir dinero, y la mujer se encargase de complacerle en todos los aspectos.

Si la visión de la mujer no se hubiera desarrollado en ciertos matices, esta continuaría siendo tratada como un objeto. Soy capaz de imaginarme sus rostros cuando obtuvieron la palabra en algo, cuando se les concedió un empleo, cuando comprendieron que podían tener un sueldo propio y vivir por ellas mismas, sin tener que depender de nadie.

Actualmente estos hechos son simplemente una alusión. Nací en una familia repleta de mujeres y, afortunadamente, en el plano familiar apenas veo semejanzas entre nosotras y los hombres: mi padre ayuda en las tareas del hogar, se ocupa del cuidado de los hijos, se compromete con su trabajo.

Sin embargo, ¿por qué la tasa de desempleo femenino es mayor que la de los hombres? ¿Por qué continúan existiendo disparidades salariales entre nosotros, aunque realicemos el mismo trabajo? ¿No es curioso que las mujeres estén tan poco representadas a la hora de tomar decisiones, incluso en la dirección de grandes empresas? Asimismo, encontramos extraño que un hombre sea *asistente* de hogar en vez de *asistenta*, o que

un niño tenga “*una futbolista preferida*” y no *un futbolista*. Y si además consideramos la violencia sexista, el número de mujeres maltratadas en comparación con el del hombre es más que notable. Todavía nos quedan muchos derechos por adquirir, muchos objetivos por alcanzar hasta llegar a ser íntegramente iguales.

Espero que algún día a mis nietos les fascine mi historia tanto como a mí la de mi abuela, que encuentren insólito que se nos juzgue por el sexo y no por ser personas. Confío en que dentro de treinta años esta desigualdad de oportunidades entre el hombre y la mujer haya desaparecido.

Ojalá mis ojos rebosen orgullo al compartir con esos niños un puñado de recuerdos que compusieron mi vida, al relatársela como si fuese un cuento. Un cuento con final feliz, porque las mujeres hayamos conseguido lo que siempre hemos deseado: ser iguales a los hombres.

